

REFLEXIÓN SOBRE EL CONCEPTO DE CORAZÓN

La imagen que acude casi de inmediato si hablamos de corazón es la de vida, principio vital, centro. También se encuentra profundamente arraigada la impresión de que el corazón representa la sede íntima de nuestras emociones y afectos. Recalcamos que «representa» la sede de lo emocional y afectivo, pues, de suyo, dichas funciones pertenecen a nuestra esfera psíquica y el corazón, *stricto sensu*, es el órgano cardíaco, cuyo papel dentro del organismo animal y humano es harto conocido.

En distintos campos de lo humanístico, las palabras y conceptos tienen distintos valores significativos, impregnados de simbolismo y analogía. El «corazón» no es ya meramente un órgano vital, sino que es una razón de vida, un «centro vital»; representa la interioridad espiritual, los sentimientos más profundos o vividos con mayor profundidad, el fuero íntimo del hombre; y casi podríamos afirmar que son estos significados los que nos son más próximos y no los de origen técnico-científico. Ello no constituye un detrimento ni una tergiversación, sino riqueza y amplitud. La analogía y el símbolo no establecen confusión; dan lugar a una comprensiva claridad¹.

El corazón es el «centro». La vinculación del «centro» con el corazón abre un importante abanico de matices y contenidos que, en el ámbito humano, se relacionan con su naturaleza esencial. Si bien entre las imágenes más comunes de «corazón» está la de sede de las emociones y afectos, no es ésta la que más ha caracterizado históricamente el concepto de corazón, ni la que mejor representa lo íntimo y «central» en el hombre, salvo que consideremos que lo fundamental en el hombre son sus afectos, pasiones y emociones. Cabe acotar que, según sea el fondo antropológico que nos ilumine, distinta será la identificación de lo esencial en el hombre.

El concepto de hombre en la antigüedad dista del concepto de hombre que podemos hallar en la modernidad y del que podemos tener hoy día, amén de las distintas teorías disparejas entre sí presentes en cada época. Por ejemplo, el hombre griego llamaba también corazón a aquel aspecto que era esencial en la persona; incluso, de algún modo, hacía alusión al órgano cardíaco. El término φρήν, que de un modo un poco impropio podemos vertir al castellano como *corazón*, significaba, en primer lugar, *diafragma*, *membrana envolvente*, *envoltura del corazón*, *pericardio*; figurativamente, y por extensión, *pecho*, *corazón*, *espíritu* —como sede de sentimientos y a-

¹ Si nos atenemos a la etimología de la palabra *símbolo*, encontramos que se trata de algo que *nos refiere* y *se refiere* a otra cosa. En efecto, *símbolo* viene del griego σύμβολον, palabra derivada del verbo βάλω (cuyo significado es *lanzar*, *disparar*, *arrojar*) combinado con la preposición συν (*con*) que, como toda preposición del idioma griego, primitivamente era un adverbio, con un significado sinónimo de los adverbios ἄμα y ὁμοῦ, que significan *juntamente*. Así, se trata de algo que *lanza*, *nos refiere* a otra cosa que no es él.

Lo que caracteriza al símbolo como tal es su modo particular de significar, dado que representa a su significado *a modo de metáfora*. En la metáfora se da una cierta comparación o analogía. El significado del símbolo es asequible por medio de la intuición. El símbolo, único entre todos los signos, parte del ser finito para abarcar al ser infinito. Contiene, en brillante analogía, infinidad de matices. Su imprecisión, lejos de ser un defecto, es su mayor gloria, pues es en la metáfora donde las palabras pierden el vigor de su significado propio para entrelazarse en luminosa urdimbre y suscitar significados ocultos; en ella pueden vivir los más hondos sentidos del ser. Cfr. nuestro trabajo *Luz, amor y belleza en la Divina Comedia*.

fectos—². La relación membrana envolvente-espíritu es fecunda. El «corazón» es lo que envuelve y abraja al espíritu, el cual, es «hálito», «soplo», señalándose así su naturaleza distinta de lo físico³. El espíritu es el alma, que es sutil, etérea; pugna por «volar» hacia lo alto, pero el corazón en el que anida le impide huir y la constriñe a un cuerpo, al cual debe animar y brindarle forma⁴. Por eso el corazón, no sólo es sede de afectos, pasiones y sentimientos, sino también origen de la inteligencia, conocimiento, razón, pensamiento, memoria y atención (el corazón es sede del alma y sus potencias).

En el corazón armonizan y se conjugan intelecto y voluntad, apetitos y sentidos, emociones y pasiones. Un claro ejemplo de estas significaciones lo constituye la obra poética de Homero. Tanto en la *Iliada* como en la *Odisea* responsabiliza al corazón del «temor»⁵, «coraje»⁶, «ira»⁷, «alegría»⁸ o «dolor» en nosotros; pero también reconoce en él facultades mentales, percepción, pensamiento⁹. La prosa griega antigua, no habla tanto de φρήν, y Heráclito le dona en alguna ocasión el significado de «locura»¹⁰. Bien sabido es, claro, que «locura» no tenía para el mundo helénico necesariamente un valor peyorativo. Antes bien, semeja una suerte de arrobo, de éxtasis¹¹.

Nuestra palabra *corazón* deriva del latín *cor*, que en boca de Cicerón connota prudencia, un «saber lo que se hace»¹². El valor central del corazón, sobrea abunda el contexto exclusivamente humano. Se habla, así, del «corazón del mundo» y se lo asimila simbólicamente al sol. El sol es el corazón del mundo; el espíritu es el corazón del hombre. Uno y otro desempeñan papeles análogos. Uno y otro son «calor» y «razón de vida». Proclo, en un himno al sol, identifica al astro precisamente como «corazón del mundo» y como «providencia apta para despertar la inteligencia»¹³.

² Cfr. Liddell/Scott 1954.

³ El espíritu es la ψυχή griega, que en su primitiva acepción señala *vida, principio vital*. De allí el significado de «alma inmortal e inmaterial», usado históricamente en este sentido por Píndaro, en primer lugar (cfr. Liddell/Scott 2027). La significación de *alma*, se aplica tanto a los seres vivos como al «Alma del mundo». La raíz de esta palabra es ψυ, que alude a aquello que es sutil y etéreo. Así, ψυχρός es *frío*, adjetivo aplicado especialmente al agua y al aire y, por extensión, al hálito. El verbo ψύχω significa *soplar*, etc.

⁴ Un ejemplo de esta concepción del alma que pugna por volar hacia lo alto se encuentra dentro del extenso pasaje del *Fedro* de Platón (cfr. 246ass.), donde se indica que el alma perfecta es «alada» y vuela a las alturas. El alma perfecta pierde sus alas y, entorpecida, cae a tierra quedando sujeta a las leyes de sucesivas encarnaciones durante 10.000 años.

⁵ *Iliada* 10,10.

⁶ *Ibid.* 13,487.

⁷ *Odisea* 6,147.

⁸ *Iliada* 9,186 y 13,493.

⁹ Cfr. *Ibid.* 22,296.

¹⁰ Cfr. Diels/Kranz 22 B 104: I 174.

¹¹ Platón elogia la «locura» (μανία) otorgada por divina donación y le asigna la causa de nuestros mayores bienes. Esta suerte de «raptó» constituye un estado del alma que envía la divinidad, opuesta al estado de «cordura» (σωφροσύνη) que procede y es propia del ámbito humano. La profecía, la poesía en todas sus formas, son maneras propias de esta suerte de arrobo, pero la más excelsa es la que se produce en el alma contemplativa, la cual, observando la belleza del mundo, «adquiere alas y de nuevo con ellas anhela remontar el vuelo hacia lo alto» (*Fedro* 244ass.; en especial, 249de).

¹² Cfr. L. MACCHI S. D. B., *Diccionario de la lengua latina*, Editorial Apis, Rosario 1941, p. 124a.

¹³ El fragmento dice: «Ocupando por sobre el Éter el trono del medio, y teniendo por figura un círculo deslumbrante que es el Corazón del Mundo, tú colmas todo de una providencia apta para despertar la in-

La observación del sol como «inteligencia del mundo» no sólo pertenece a Grecia; hay expresiones similares en antiguas tradiciones de América Central. El sol es fuente de luz y calor; el corazón, análogamente, es fuente de luz, pues es inteligencia y fuente de calor; es vida, razón de vida. Los ejemplos en torno a estas ideas son abundantes y significativamente elocuentes. Todos ellos nos muestran dos aspectos integrales en aquello que es representado por el «corazón». El corazón es el centro, pero este centro es, a la vez, lúcido y vivificante; es inteligencia y amor; es pulsión, sentimiento y apetitos; es, primordialmente, una unidad, donde comulgan íntima y armónicamente todos los conceptos citados.

Si por corazón aludimos a nuestro núcleo interior, a la raíz más honda, íntima y esencial, para el hombre antiguo, estamos hablando de todas las polaridades que conforman nuestra condición natural; no solo los afectos y apetitos, sino esencialmente la inteligencia. Puede resultarnos curioso, acostumbrados a relacionar lo afectivo y sentimental con el corazón, encontrarnos con que la inteligencia ocupe un lugar privilegiado en él, tenido como «centro».

La escisión por la que el intelecto fue apartado de su «natural sede», sita en aquello que representa el «corazón», tuvo su momento histórico. Nuestra cultura, en mayor o menor grado, ha heredado las consecuencias. Cuando el racionalismo resuelve entregar la inteligencia a la razón, proclamando a ésta como la «diosa razón», no sólo sacrifica la luz intuitiva al «hacer» discursivo, sino que arrebató al corazón uno de sus tesoros más preciosos; lo deja en parte «vacío» de contenido. Si la inteligencia es razón, el corazón pasa a ser origen exclusivo de los sentimientos. Lo que antes constituía una equilibrada unidad, pasa a ser bipolaridad: «corazón» se opone, de este modo, a «razón»¹⁴.

Según sea la posición adoptada, se privilegiará el papel del corazón como sentimiento, dando lugar a distintas formas de sentimentalismo, o se otorgará primacía a la razón, relegando al corazón (lo que él representa) a un segundo plano.

Pascal es un importante aporte a la revalorización del corazón. Floreciendo en los albores del racionalismo, no es un racionalista, y si bien mantiene la oposición razón-corazón, admite que el corazón tiene sus propias «razones» que la razón no conoce ni puede conocer¹⁵. A Dios, entiende Pascal, se lo conoce por el corazón, pues Dios excede la razón humana, pero también los primeros principios de la razón

teligencia», cit. por R. GUÉNON, *Símbolos fundamentales de la ciencia sagrada*, Eudeba, Buenos Aires 1969, p. 364 nota 5.

¹⁴ La separación y oposición «razón-corazón» ha proyectado su influencia aun en el ámbito religioso y en su simbología e imágenes. Tradicionalmente, solía representarse el Sagrado Corazón de Jesús como fuente irradiante, con rayos que parten del corazón, alternativamente rectilíneos y ondulantes. El primer tipo de rayos representa la «luz», símbolo de la inteligencia. Corresponde propiamente al «corazón irradiante». El segundo tipo representa el «calor», símbolo que, de algún modo, incluye lo afectivo, pulsional, el «calor vivificante». La imagen de rayos ondulantes corresponde al «corazón en llamas». Aún hallándose representados ambos tipos de rayos, existe una preponderancia en la imagen del elemento luminoso. Mientras las figuraciones más antiguas, pertenecen al tipo del «corazón irradiante», aquéllas que no se remontan más allá del siglo XVII, son casi exclusivamente del «corazón en llamas». Cfr. R. GUÉNON, *op. cit.*, pp. 363ss; en especial, nota 10.

¹⁵ «El corazón tiene sus razones que la razón no entiende» (B. PASCAL, *Pensamientos*, 4,277, en F. COBLETON S. I., *Historia de la filosofía*, Ariel, Barcelona 1971, vol. IV, p. 157).

son asequibles para el corazón y por el corazón. El corazón para Pascal es, ante todo, intuición, inteligencia, luz¹⁶.

El romanticismo, en términos generales, es sentimental con respecto al «corazón» y nos atrevemos a decir que, de algún modo, nuestra época actual acuerda con la oposición razón-corazón. No se puede ser nunca taxativo en estas afirmaciones ni generalizar, pues podemos encontrar diversidad de matices comprendidos en estas posiciones. Lo cierto es que, si se trata del «corazón», lo que seguramente no se nos representa es la razón.

Si el corazón es reflejo o imagen simbólica de lo esencial, resulta que lo esencial en el hombre no parece vincularse con la razón, sino más bien con lo afectivo. También actualmente podrá tenderse a acentuar uno u otro aspecto. Se podría destacar, así, y esto es un hecho importante, que el modelo de hombre subyacente, es un hombre dividido. Sus sentimientos, afectos, pasiones van por un lado; su inteligencia, reducida a razón, por otro. Pretender simplificar la concepción contemporánea del hombre según esta oposición, sería impropio; empero, creemos que esa bipolaridad (razón-corazón) es la que domina, consciente o inconscientemente en el hombre medio. Nadie, para el caso, piensa la esfera de lo profesional, científico o laboral en términos de «corazón», sino más bien de «razón». Y ninguna persona expresaría sus sentimientos profundos como resultado de un teorema.

Desprovisto el corazón de su luz, se torna puramente «calor», pura vitalidad. El amor, entonces, ligado a la imagen del corazón, se vuelve ciego. (Aún en la antigüedad se representaba ciego al amor). Quitada la razón de una «amorosa» iluminación, para configurarla como mero cálculo y discurso se erige en fría fuente de análisis, desprovista de todo sentimiento. Nuestras conductas, dimanadas de este doble origen, surgen plenas de contradicción. A veces fríos, calculados, técnicos, racionales; otras veces pasionales, desahogados, ciegos, inconscientes, arrebatados; y en esa permanente división de planos procuramos vivamente perpetuar tales oposiciones, convencidos o no, que manteniendo tal desequilibrado equilibrio, satisfacemos nuestra condición humana inserta en el mundo.

Acaso, tal violencia interior pueda resultar finalmente en una pérdida del sentido de la vida, o aún peor, en un creciente desequilibrio mental, dado que no se resiste un constante absurdo, y toda nuestra sociedad, en semejantes pilares erigida, resulte disolviéndose en un manicomio total. Afortunadamente, quizás no es así. El mundo de hoy, más que nunca clama por más y más luz, que no acierta a encontrar, pues e-

¹⁶ Deben tenerse en cuenta dos cosas en torno a Pascal. En primer lugar, cuando Pascal critica a la razón, se refiere concretamente a la operación abstracta, analítica y deductiva de la mente, tal como puede hallarse en la «geometría». Pascal, acepta el método matemático como el más adecuado a la razón y sostiene que un método de discurso infalible consistiría en la definición de todos los términos y la prueba de todas las proposiciones. Tal método ideal no está al alcance de los hombres, pues «lo que sobrepasa a la geometría, nos sobrepasa a nosotros» (B. PASCAL, *De l'esprit géométrique*, p. 165, según cita de F. COPLESTON S. I., *op. cit.*, p. 152 nota a). En este sentido debe inscribirse su repudio por la filosofía al punto de afirmar «no creemos que toda filosofía merezca una sola hora de esfuerzo» (*Pensamientos* 2, 79, en F. COPLESTON S. I., *op. cit.*, p. 157 nota 30), pues filosofía, para Pascal, es filosofía natural y ciencia; conocimiento despreciable comparado con el conocimiento del hombre. Dicho conocimiento, por su parte, es incompleto sin la luz del cristianismo, pues sólo por él conoce el hombre su miseria y su finalidad en Dios. En segundo lugar, a Dios no se lo conoce por la razón, pues el Dios del cristianismo, no es el mero autor de verdades geométricas y de orden natural, propia del concepto de Dios pagano, sino un Dios unido a Jesucristo. Un Dios sin Cristo, sostiene Pascal, es deísmo y no cristianismo. Cfr. F. COPLESTON S. I., *op. cit.*, pp. 154ss.

sa luz surge y es privativa del «corazón»; de ese «corazón» que nuclea todo lo primordial del hombre: su inteligencia, que es luz, es intuición; su amor, sus afectos y pasiones enriquecidas con luz intelectual; amando lúcidamente y entendiendo amorosamente; queriendo al hombre y a las cosas porque se las entiende y conoce su dignidad propia y su lugar en el orbe, y entendiendo, (discurriendo e intuyendo), todo lo creado, porque se lo respeta y ama.

Sólo en esta síntesis, el corazón se hace verdadera representación del centro del hombre, pues lo central y esencial, es armonía y unidad. Sólo así podemos aspirar a aquel paradigma que caracterizara estupendamente el famoso terceto de Dante:

Luce intellettuale, piena d'amore;
 amor di vero ben, pien di letizia;
 letizia che trascende ogni dolzore¹⁷.

MARCELO L. IMPERIALE



UN NUEVO TRATADO DE FILOSOFÍA JURÍDICA

Carlos Ignacio Massini Correas, profesor de la Universidad de Mendoza, acaba de dar a publicidad un nuevo trabajo de su autoría con la intención de conformar un tratado orgánico de filosofía del derecho¹. Se trata de una recopilación de clases del autor que forman el primer volumen de esta obra, al que seguirá luego el tratamiento de la justicia, del lenguaje, método y estructura jurídicos, del iusnaturalismo y de otros tópicos menores (p. 10). En la introducción trae los distintos acentos que pone cada concepción jurídica. Nuestra época lo hace en el derecho subjetivo (p. 13). El peso mayor de la consideración del autor, por énfasis, tratamiento sistemático y cantidad de páginas, está, como el título lo señala, en los «derechos humanos» (en adelante DDHH); acepción que «no aparece como la más precisa, pero es indudable que resulta ser la más comprensible para la mentalidad de los estudiosos del derecho de fines de siglo XX» (p. 13). En la primera parte («El derecho») desarrolla con acierto, siguiendo principalmente a Soaje Ramos, el significado «central» (p. 34), conducta jurídica debida (cap. I; no incorpora la *facultativa*). El capítulo II («De la norma jurídica a la facultad») recoge valiosos aportes, principalmente de Kalinowski y encierra jugosas consideraciones ontológicas, habitualmente no tratadas, sobre las normas. A partir del capítulo III se ocupa casi exclusivamente de los llamados DD HH: III. «Los derechos»; IV. «De los derechos a los deberes»: causas, derechos y deberes, terminología. La segunda parte («Los DDHH») da la noción de éstos: su título «radica en la personaeidad de su sujeto, o en algunas de las dimensiones básicas (J. Finnis) del desenvolvimiento de esa personaeidad». De ellos «se es titular los re-

¹⁷ *La divina commedia*, Parad. XXX 40.

¹ C. I. MASSINI CORREAS, *Filosofía del derecho*. Tomo I: *El derecho y los derechos humanos*, Abeledo-Perrot, Buenos Aires 1994, 286 páginas. Cfr. la recensión previa de R. F. Crespo: *Sapientia* XLIX (1994) 399-400.